

ENFERMO, JESUCRISTO SANA Y SALVA

Arturo Marín
Jalapa, Veracruz

El evangelio de San Juan proclama con profundidad de pensamiento y alegría la gran medicina para el género humano herido por el pecado de nuestros primeros padres, “y el verbo se hizo carne y hábito entre nosotros” (cfr. Juan 1,14), la segunda persona de la Santísima Trinidad por un perfectísimo misterio de amor Divino ha asumido la humanidad, para ser el Dios-hombre y no sólo redimirnos, sino ser el agua viva que da la vida sobrenatural mediante la irradiación de su Gloria que viene a habitar en cada persona, a través del sacramento del bautismo y participarnos de la medicina Divina que nos sana de nuestras dolencias y enfermedades y nos abre las puertas de la vida eterna.



Al verdadero Dios por quien se vive le ha parecido bien, dejar “en el ombligo de la luna” mediante el milagro de la tilma del santo y místico Juan Diego, el recordatorio perenne de su redención, y que nos invita a abrir el corazón al paso de Él en nuestra vida mediante el ingreso a nuestro corazón por la Madre de Dios que le porta, la mujer vestida de sol, que le expresa al místico y santo el profundo anhelo de llevar la sanidad y salvación de su hijo mediante la edificación de la casita sagrada en cada persona, sociedad y nación, “escuchando nuestro llanto, tristeza, para remediar, curar todas sus diferentes penas, miserias y dolores.” (cfr. Nican Mopohua 32).



Solo hay un requisito al parecer, si así se pudiera expresar, es llamarla pues, si escucha es porque en nosotros nace la libre iniciativa de invocar su auxilio a nuestra vida. No detengamos nunca en nuestra vida el impulso en la fe de invocar a esta Madre de la Misericordia que solo sabe gestar en cada corazón humano a JESÚS, es decir “EL DIOS QUE SANA Y SALVA”, hágase en cada corazón Madre, así sea.

